

13080

FRANCISCO COMES y ENRIQUE ARROYO

ZAPATERO Y DETECTIVE

la banda del dedo gordo

SAINETE EN UN ACTO

ORIGINAL



17

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1917

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

Zapatero y detective o La banda del dedo gordo

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles*, son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

— — —

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hollande.

— — —

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ZAPATERO Y DETECTIVE
O
LA BANDA DEL DEDO GORDO

SAINETE POLICIACO

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

FRANCISCO COMES y ENRIQUE ARROYO

Estrenado en el TEATRO PRINCIPAL de Cádiz, el 8 de Noviembre de 1916 y representado posteriormente en los teatros: Cervantes de Granada; Gran Teatro de Córdoba; Princesa de Valencia; etc., etc.



MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, aup °

TELÉFONO, NÚMERO 551

1917

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

ROSITA, 20 años.....	Emilia Vega.
PEPA, 50 íd.....	Margarita Pacheco.
«LA MANTEQUITAS», 40 íd.....	Marina Puig.
CRISPÍN, 50 íd.....	José Farnós.
VICTORIANO, 25 íd.....	Manuel Trujillo.
ANTOLÍN, 20 íd.....	Alberto Enríquez.
CAMILO, 50 íd.....	Alfredo Cobefia.

LA ACCION EN MADRID



ACTO UNICO

Habitación modesta de un zapatero remendón en los barrios bajos. Mesa con herramientas y zapatos viejos, en primer término derecha. En el cajón de la mesita, una pipa, una anilla de cortina, con un cristal, figurando un monóculo y una pistola. A la izquierda un costurero y ropa blanca. Puertas al foro y laterales. En el fondo derecha, una ventana. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

PEPA y RÓSITA cosiendo a la luz de un quinqué

- Ros. (Pinchándose con la aguja.) ¡Ay! (Se chupa el dedo.)
Pepa ¿Qué te pasa, hija?
Ros. ¡Que me he pinchao!
Pepa Es que coses demasio deprisa. ¡Y tóo por el afán de acabar pronto! ¿Te has hecho daño?
Ros. No, no ha sido nada.
Pepa ¡Pobre hija, cuánto trabajas!
Ros. No hay más remedio, mamá.
Pepa Tienes razón. ¡No hay más remedio! Porque si confiamos en lo que gane tu padre...
Ros. También él trabaja.
Pepa ¿Que trabaja? (Señalando las botas viejas.) Mira toda la faena empantaná. Hace cinco días que no encera un cabo, ni le hace cosquillas al material con la lezna. Ahí tiés las medias suelas de Antolín el sacristán, muertas de

risa, mientras el infeliz tiene que ayudar a misa en babuchas.

Ros. ¡Eso es pecao!

Pepa Eso es no tener las botas arregladas... Y si es el tacón de la «Mantequitas» sigue torciópa un rato.

Ros. ¡Papá se ocupa en otras cosas!

Pepa ¡Pues eso es lo que me desespera! ¿Si es zapatero, por qué no se dedica a los zapatos y se deja de hacer reír a la gente? Empeñao en ser policía... ¡y policía de esos que no paga el gobiernol!

Ros. (Con orgullo.) ¡Es detective!

Pepa El cine ha sido su perdición. No ha habido película de policías y ladrones que él no haya visto... «Los vampiros», «Fantomas», «Rocambole»... ¿Pues y esa «Mano que aprieta»? ¡Los pellizcos que me ha costao!

Ros. Papá dice que el día que se enteren en Madrid de su talento para las deducciones policíacas, ganará muchos duros y hasta iremos en auto.

Pepa ¿En auto? Ni en un volquetel!

Ros. Tú dirás lo que quieras, pero ha descubier-to muchas cosas y muy difíciles. Acuérdate de la otra tarde cuando vino la «Mantequitas» diciendo que la habían robao un muslo de gallina.

Pepa ¡Ya, ya me acuerdol!

Ros. Papá se propuso averiguar el parañero del muslo y comenzó sus indagaciones.

Pepa ¿Y qué?

Ros. Que descubrió en seguida a los ladrones.

Pepa ¿Y quiénes eran?

Ros. El gato de la «Mantequitas» que se había puesto de acuerdo con el del vecino para hacer el escaló.

Pepa ¡La cosa era bien fácil!

Ros. No estaba tan claro. Pero papá, que es muy listo, fué al lugar del suceso, y después de inspeccionar la casa, entró en el corral y allí estaban los culpables. El gato del vecino se relamía los hocicos y el de la «Mantequitas» se moría de tos. ¿Y tú sabes por qué tosía?

Pepa ¡Se habría costipao!

Ros. No, señora. Era que se le había atravesao un hueso, y ese hueso papá va y lo coge, lo examina en el laboratorio y resultó que era de gallina.

Pepa ¿Y los gatos, qué declararon?

Ros. Yo no sé, pero la cosa es que los tiró al río.

Pepa ¡Estás más loca que tu padre!

Ros. ¿Y el robo de la iglesia, de la que es sacristán Antolín? Papá descubrió que el monaguillo sacaba las perras del cepillo de las ánimas con un palito untado de cerote.

Pepa Sí, todo eso es verdad; pero echando medias suelas ganaría más dinero, porque esos descubrimientos se pagan poco.

Ros. Ya ganará.

Pepa ¿Te parece bien el letrero que ha puesto a la puerta? «Zapatero y detective.» Y los chicos respetan al zapatero, pero al detective lo llenan de pelotillas de barro.

Ros. En este barrio hay muy poca educación.

Pepa ¿Pero cómo no han de burlarse de tu padre, si es tan extravagante? Fuma en pipa, pero en una pipa que cabe un estanco; y se coloca en el ojo derecho una anilla de cortina con un cristal que le compró a un relojero. ¿Para qué hace esas cosas?

Ros. Es que papá dice que así va Serlo-Holmes, el gran detective inglés.

Pepa Todas las noches sueña con ese nombre, y me ha hecho quitar de la sala de recibir la estampa de San Pascual Bailón, para poner en su lugar el retrato de ese tío

Ros. (Indignada.) ¡Mamá! ¡Llamar tío a Serlo-Holmes!

Pepa Hija, ¿es que los ingleses no tienen sobriños? Lo peor es que ahora se empeña en comer poco pa estar delgao, y en beber vinagre pa tener ojeras

Ros. Es que Serlo-Holmes era delgao y ojeroso.

Pepa ¡Pero con lo hambrón que es tu padre, si sigue ese tratamiento la va a diñar muy pronto!

Ros. ¡No digas eso, mamá! ¡Poco orgullosa que estoy yo de tener un padre policía, y que le adivine muchas cosas a mi novio!

Pepa ¡Esa es otra! ¿Te parece a ti que hay motivo.

para que tu padre despachara al pobre Vitoriano de esta casa?

Ros. ¡En eso tienes razón, mamá! ¡No había motivo para tanto!

Pepa ¡Todo porque le gastó una broma!

Ros. Ya le pasará.

Pepa ¡Tan buen chico!...

Ros. ¡Si te oyera, poco hueco que se iba a poner!

Pepa Yo soy justa

Ros. ¡Ay! ¡Me he vuelto a pinchar! (Se chupa el dedo nuevamente para contener la sangre. Entra Crispín por el foro.)

ESCENA II

DICHAS y CRISPÍN

Cris. Buenas noches. (Reparando en Rosita.) ¡Tú te has pinchao, Rosita!

Ros. ¿Cómo lo sabes, papá?

Cris. ¡Porque te estás chupando el dedo! ¡Mis deducciones!

Ros. ¡Qué talento tiene!

Pepa ¡Estáis más locos los dos que una espuerta de gatos!

Cris. Te perdono esa ofensa porque eres una mujer sin principios. Además, hoy es un gran día para Crispín, el deteptive, (A Rosita.) tu progenitor.

Ros. ¿Has descubierto algo nuevo?

Cris. Dentro de muy poco le echaré mano al ladrón de las pelucas.

Ros. ¿El ladrón de las pelucas? Cuéntame eso, papá.

Cris. Verás. He visitao a don Silvestre, el herbolario. El pobre señor me ha dicho con lágrimas en los ojos y con la cabeza a la intemperie, que le habían robado; mientras dormía, sus dos pelucas, la de diario y la de los domingos.

Pepa ¡Es verdad que gasta peluca! ¿Y quién es el ladrón?

Cris. Aún no lo sé. Sospecho nada más.

Ros. ¿De quién?

- Cris.** De Melecio, el colchonero. Ayer estuvo en casa de don Silvestre a hacerle los colchones.
- Pepa** ¿Y él para qué quiere las pelucas?
- Cris.** Para vendérselas a Rafael el «Gallo.»
- Pepa** ¡Pueda ser!
- Cris.** ¡Mis deducciones nunca fallan!
- Ros.** ¡Papá, dame un abrazo! ¡Sabes más que Serlo-Holmes!
- Cris.** ¡No tanto, hija! ¡No exageres! Además, él es inglés y yo soy de la Cabecera del Rastro. (sacando un papel de una bota vieja.) ¡Ya está aquí!
- Pepa** ¿El qué?
- Cris.** ¡El anónimo de tos los días! ¡Me amenazan como de costumbre, pero hoy es de muerte!
- Pepa** ¿Qué dicen?
- Cris.** ¡Gansadas!
- Pepa** Léelo a ver.
- Cris.** «Señor Crispín de cerote.» (Hablando.) ¡Eso de cerote me lo dicen porque soy zapatero.
- Pepa** Prosigue.
- Cris.** (Leyendo.) «Se te recomienda que dejes tus investigaciones y no nos pongas en tela de juicio, ni te metas en camisa de diez y pico de varas. Pertenecemos a una banda y nos vemos obligados al hurto por la subida de las subsistencias. No seas iluso y clava medias suelas, que es tu obligación. De lo contrario caerá sobre ti todo el peso de la banda »
- Pepa** ¡Te veo aplastao por el bombo!
- Cris.** ¡Analfabética! ¿No comprendes que se trata de una banda de ladrones?
- Ros.** Sigue, papá.
- Cris.** «Tu cabeza peligra, alelao detective.» ¡Ay, mi cabezal!
- Pepa** ¡Ay, Crispín!
- Cris.** «Tenemos cloroformo, caretas eléctricas y gases asfixiantes, tenemos venenos, tenemos hambre y tenemos... ganas de mascarte la nuez. Si no dejas doce paquetes de picao en la puerta de tu casa, esta noche a las diez, morirás.—La banda del dedo gordo.» (Crispín se limpia el sudor cuando termina la carta.)
- Ros.** ¡Ay, papá!

- Pepa** ¡Ay, Crispín!
- Cris.** ¡Ay! ¡Hay para preocuparse!
- Pepa** Esto es muy grave.
- Cris.** (Leyendo el final de la carta.) «La banda del dedo gordo.»
- Pepa** ¡Te has puesto amarillo!
- Cris.** ¡De ira!
- Pepa** Ahí dice que morirás a las diez.
- Cris.** ¿Qué hora es? (Con naturalidad.)
- Ros.** Yo avisaría a la policía
- Cris.** ¿A la policía? Me sobran agallas para yo capturar, sin ayuda de nadie, a todos los dedos gordos de esa banda. Hasta hoy no os he querido decir nada, pero toos los días me encuentro dentro de algún zapato viejo un anónimo de esta clase. El creminal frecuenta la casa y es persona que nos conoce.
- Pepa** ¿Quién será?
- Cris.** ¡No sé! (Como en una invocación.) ¡Serlo-Holmes! ¡Maestro! Ayúdame a descubrirlos y mi fama será mundial en la Ribera de Curtidores.
- Pepa** ¡Crispín, te estás buscando tu perdición! Agárrate al tirapié y no metas la pata. Mira que de policía no ganas un real y puedes perder el pellejo; considera que nosotras tenemos que coser hasta las tantas para poder ir trampeando. Y piensa por último en esos criminales y en el ruido que puede meter una banda...
- Cris.** ¡Si es mi sino, moriré!
- Pepa** ¡Crispín, no seas bruto!
- Cris.** ¿Pero es que yo no trabajo?
- Pepa** Ahí están muertos de risa esos remiendos.
- Cris.** Ya les llegará el turno. ¡Qué repugnancia me causa el tirapié y el cerote! ¡Oh condición humana! Dejarme solo, que mientras echo unas tapas a estos tacones, quiero estudiar el modo de pillar a la banda del dedo gordo!
- Pepa** ¡Amén! Rosita, vámonos a preparar la cena.
- Ros.** Adiós, papá.
- Cris.** Hasta luego.
- (Pepa y Rosita se van por la segunda izquierda.)

ESCENA III

CRISPIN. Después CAMILO

Crispín se pone unas gafas, se sienta delante de la mesita y empieza a trabajar. Poco después deja las herramientas y lee el final del anónimo

Cris. «Caerá sobre ti todo el peso de la banda.» ¡Ca vez las amenazas son mayores! Quince días seguidos que recibo un anónimo en el que me ordenan que deje en la segunda ventana de la calle una cajetilla de cincuenta y... quince días que la dejo, con la esperanza de atrapar al creminal. Pero cuando voy a espiarle me parece que me siguen tres o cuatro, y ante el temor de caer en una emboscá, me vuelvo prudentemente a casa. ¿Quién será el gorrista que se fuma tos los días el paquete? ¡Hoy ya no es una cajetilla lo que me piden! ¡Son doce de picao! Deben ser doce los de la banda. ¡Una banda completa! En fin, trabajemos. (Pausa. Crispín machaca la suela y dice compungido.) «¡Caerá sobre ti todo el peso de la banda!» ¡Esto me revienta y me indigna! ¡Ay, si yo cogiera al dedo gordo! (Dándose un martillazo en él.) ¡Ay, me lo he machacao! ¡Pero se la guardo! ¡Ojo por ojo y dedo por dedo! (Llaman a la puerta.)

Cam. (Dentro.) ¡Soy yo! ¡Abre, Crispín!

Cris. ¡Empuja, que está abierto! (Se da engrudo en el dedo.)

Cam. (Entrando.) ¡Pero, hombre! ¿Trabajando a estas horas? ¡Parece que no pega!

Cris. ¡Ya lo creo que pega!

Cam. Quiero hablarte de un asunto.

Cris. Distingamos. ¿A quién buscas, al zapatero o al deteptive?

Cam. Al poli.

Cris. Pues aguarda que me coloque los atributos. (Se pone el monóculo indicado que saca del cajón y enciende la enorme pipa.)

Cam. ¿Pero qué haces?

Cris. Ya ves: ponerme en situación. Y ahora perora.

- Cam.** Pues yo vengo...
- Cris.** (Interrumpiéndole.) De las Américas.
- Cam.** ¡Recogollo! ¿Cómo lo has conocido?
- Cris.** ¡Por el rastro! ¡No hay más que ver cómo traes las botas! Tú vienes de las Américas y de casa del señor Concordio, el carrero.
- Cam.** ¡Eres el diablo!
- Cris.** ¡Soy deteptive!
- Cam.** Bueno... ¿y lo del carrero cómo lo has acertao?
- Cris.** Sé de hace tiempo que tenía una mula falsa, muy enferma, y cuando al entrar te he visto marcá la herradura en el pantalón me he dicho: ¡no me falla! ¡A éste le han dao una coz la mula o el carrero!
- Cam.** ¡Y así ha sido! El amigo Concordio es hombre que paga muy bien las visitas y hoy he ido a curarle a esa alhaja; la «Cariñosa», que es la mar de expresiva. El bárbaro del herrero la había herido al calzarla, y en cuanto que me acerqué a ella me miró de un modo... ¡vamos, que le fuí simpático! ¡A patás tengo yo sus simpatías! En fin, voy al asunto. El buen Concordio está el pobre asustao.
- Cris.** ¿Cuál es la causa?
- Cam.** Dice que al dar las doce oye lamentos y ruido de cadenas en el pozo.
- Cris.** ¿Y qué más?
- Cam.** Un olor, así como de azufre, que le ahoga y le hace toser. Además de esto, ayer le robaron un cochinito y la semana pasá seis gallinas. ¿Qué te parece? ¿Será alguna ánima del otro mundo?
- Cris.** El que le ha robao las gallinas no sé, pero el que le ha robao el cerdo es un cochino.
- Cam.** ¿Y del olor azufre, tú qué opinas?
- Cris.** Eso es gas asfixiante. Un gas que fabrican los ladrones pa apagar el sentido a los policías. ¡Dejalos por mi cuenta que yo les ataré los cabos!
- Cam.** Ya le he dicho a Concordio que tú te encargarás del asunto.
- Cris.** Desde luego. Pero la cosa tiene más importancia de lo que así al pronto te parece.

- Cam.** ¿Sí, eh?
- Cris.** Se trata de una banda perfectamente organizada que opera en Madrid desde hace unos días. A mí me han amenazado de muerte.
- Cam.** ¿Qué me dices?
- Cris.** ¡Lo que oyes! Me han amenazado de muerte si no dejo esta noche en la puerta de la calle doce paquetes de picaos.
- Cam.** ¡Sí que es raro!
- Cris.** ¡Pues prepárate tú, no te escriban pidiéndote cerillas y papel de fumar!
- Cam.** ¡Si no fuera más que eso! Yo creo, Crispín, que debíamos avisar a la policía.
- Cris.** ¿A la policía estando aquí el gobernador civil de los deteativos? ¡Eso es tocarme al amor propio!
- Cam.** ¡Hombre, yo no dudo de ti, pero una brigada para el caso no vendría mal!
- Cris.** Yo me basto para descubrirlos y apresarlos. ¿Sabes cómo se firman? «La banda del dedo gordo».
- Cam.** ¡Qué miedo!
- Cris.** ¡A ese dedo yo le echaré el guante! Cuento contigo para que me ayudes. Tú, además de veterinario, eres autoridad; alcalde de barrio, y es tu deber...
- Cam.** ¡A mí no me metas en libros de caballerías! Yo soy un hombre pacífico y, francamente, eso de la banda...
- Cris.** ¿Te aturde?
- Cam.** ¡No estoy para músicas!
- Cris.** ¡Pues a las diez oírás tocar la banda en esta puerta! Tres golpes y repique.
- Cam.** ¿Tres? ¿Has dicho tres? ¿Qué hora es, Crispín?
- Cris.** Más de las nueve.
- Cam.** Adiós. Me marchó.
- Cris.** Vé con cuidado. Quizá estén ya emboscaos por alguna esquina...
- Cam.** ¡No digas eso, Crispín! ¡Ay! ¡Ay!
- Cris.** ¡Tranquilízate, hombre! ¿No me ves a mí? Yo los espero tan tranquilo.
- Cam.** Envidio tu valor. Eres heroico.
- Cris.** ¿Quién dijo miedo?
- Cam.** ¡Yo! ¡Yo... no lo digo, pero estoy temblando!

ESCENA IV

DICHOS, PEPA y luego ROSITA. Pepa sale limpiándose los ojos

- Pepa** Cuando quieras cenar, Crispín.
Cris. ¡Esta ha andao con cebolla!
Pepa (Sorprendida.) ¿Cómo lo sabes?
Cris. Muy sencillo; tú no tiés nada de sensible y te veo llorar; ¡pues eso es la cebolla!
Cam. ¡Eres un bárbaro profundizando!
Cris. ¡Psch! ¡Mis deducciones! Bueno, vamos a cenar y entre cuchará y sorbo hablaremos de la captura de esos desalmaos que quieren poner estanco a mi costa. Entra, Camilo.
Cam. ¿Pero, hombre, amenazao de muerte y aun piensas en cenar?
Cris. ¿Qué quieres? Si es mi sino, feneceré, ¡pero con la panza llena!
Ros. Yo no tengo gana, papá. Ahora entraré. Voy a acabar este dob'adillo.
Cris. Vamos nosotros. (Entran Camilo y Crispín segunda derecha.)
Pepa ¿Va a venir tu novio?
Ros. Como todas las noches. Ya sabes que es el único rato que podemos hablar. Papá es tan rencoroso...
Pepa Pues ten cuidao no os sorprenda y tengamos un disgusto. Toseré cuando vayamos a salir. (Aparte.) ¡Los papeles que hacemos las madres por una hija! (Mutis segundo izquierda.)

ESCENA V

ROSITA, luego VICTORIANO

- Ros.** (Observando hacia el exterior.) Está en la esquina. Ya me ha visto. ¡Viene corriendo como un chiquillo! ¡Qué pena no poder hablar con el novio más que a las horas de comer! ¡Ya está aquí! (Entra Victoriano.)
Vict. ¡Gloria mía!
Ros. Baja la voz.

- Vict.** ¿Está por ahí... Nick Carter?
- Ros.** ¡No te burles, que como nos pille!
- Vict.** ¡Ese detective no pilla ni a un cangrejo! ¡Si vieras lo que me río de sus pretensiones de policía!
- Ros.** ¡Pues haces mal! Te hará reír a ti solo, porque todos le respetan y son muchos los que vienen a consultarle.
- Vict.** ¡Cuatro infelices ocecaos como él! A mí no me cabe en la cabeza que el haberle gastao una broma sea motivo bastante pa que le despache a uno así, oponiéndose a que nos queramos.
- Ros.** ¡Es que hay bromas muy pesadas!
- Vict.** ¿La mía, verdad? Hombre, yo creo que no sea una ofensa decirle a un valiente como él, que no era capaz de ir al cementerio a las doce de la noche y cantarse en la puerta unas «marianas».
- Ros.** ¡Tú calcula! ¡Decirle eso a un detective!
- Vict.** ¡Veo que eres tan tonta como él!
- Ros.** ¡Desengáñate, que adivina muchas cosas!
- Vict.** ¡Vaya, y la mar de difíciles! Le ve a uno con las manos llenas de tiza y en seguida exclama la mar de solemne: «¡Tú has jugao al billar o has he·ho cuentas!» Si llevas barro en las botas: «¡Tú has ido por un sitio que estaba mojado!» Si hueles a ello: «¡Tú has comido sopas de ajo!» Si te rascas: «¡A ti te pica!» Si estás cansao: «¡Tú has andao mucho!» ¡Chica, así todo el mundo es detective!
- Ros.** ¿Y aquel día que te adivinó que venías de los toros?
- Vict.** ¡Toma, porque traía una banderilla en la mano! Compréndelo, Rosita; a tu padre le han trastornao las lecturas policíacas de veinte céntimos el cuaderno. (Ríe.)
- Ros.** ¡No sabes lo que me molesta que te rías de ese modo cuando hay una cosa muy grave, que si te la digo, te hará ponerte serio!
- Vict.** ¿Y qué es ello, muchacha?
- Ros.** Anda por ahí una banda de ladrones que todos los días le mandan a papá un anónimo. En el de hoy le amenazan de muerte.
- Vict.** ¡Relezna! ¿Y dónde aparecen los anónimos?

- Ros.** Eso es lo más chocante. Se los dejan en su mesita de trabajo. ¿Quién los pondrá ahí?
- Vict.** (Burlón.) Alguno que entra en la casa, como diría tu padre.
- Ros.** ¡Sí, pero entre tantos como vienen en busca del zapatero o a consultar al detective, vete a saber tú!
- Vict.** ¡Me has dejao de una pieza, chica!
- Ros.** ¡Mi madre y yo tenemos un susto en el cuerpo!... ¿Por qué no te llegas a la Comisaría?
- Vict.** ¡Eso nunca! ¡Sería poner en ridículo a tu padre, y no me lo perdonaría! ¡Además, que esos anónimos pueden ser una broma!
- Ros.** ¡Sí broma! ¡En el de hoy le piden doce paquetes de picao y si no los deja en la puerta antes de las diez, la banda del dedo gordo le incluirá en el índice de sus víctimas! Confío en ti, Vitoriano. ¡Salva a mi padre!
- Vict.** No pases cuidao, mujer. ¡Rondaré por la calle y al primero que se acerque le hago tiras!
- Ros.** ¡Sí, sí! ¡Tú también eres valiente!
- Vict.** ¡Como tu padre! ¡Oye, ahora que me acuerdo, que no traigo armas!
- Ros.** ¿Quieres el bastón de estoque que usa mi padre pa matar gatos?
- Vict.** ¡Tráelo, Rosita, que con ese estoque no hay nadie que le toque!
- Ros.** ¡Voy por él! (Mutis Rosita.)
- Vict.** La cosa marcha. Al valeroso detective, Crispín Plantilla, no le llega la camisa al cuerpo. Le va a costar caro el haberme negao seguir entrando en su casa. Quince días hace que deajo en esta mesita los anónimos que tan atemorizao le tienen, y los mismos quince días que me fumo a su salud un paquete de cincuenta. ¡Lo bien que sabe así el tabaco! Hoy me he excedido un poco, y los doce paquetes de picao no va a haber medio de que los ponga, porque no tendrá dinero pa comprarlos. ¡Pero lo que es el susto, vaya si se lo doy! ¡Aprovecharé este momento pa dejarle otro anónimo... y si me sale bien la combina, hoy volvemos a ser amigos! (Le deja un papel en la mesita.)

- Ros.** (Sale con un bastón de estoque y un pito.) Si te ves apurao toca este pito. En las novelas policiacas, siempre que los ladrones lo oyen tocar, echan a correr.
- Vict.** A los verdaderos ladrones no les importa un pito esto. Los de esa banda deben ser muy audaces.
- Ros.** ¿Tú crees que te matarán?
- Vict.** Hombre, yo creo que no. ¡Yo soy el que debe matarlos! ¡Pa algo llevo un estoque!
- Ros.** ¿Y no te bastará con pincharles?
- Vict.** De ellos depende, porque al que se me acerque amenazador lo descabello.
- Ros.** ¡Me haces temblar, Vitoriano!
- Vict.** En todo caso, si fallezco, muero feliz por tu cariño y por salvar a tu padre.
- Ros.** (Haciendo pucheritos.) ¡Cuánto te quiero, Vitorianito! ¡Eres una Agustina de Aragón, o un Guzmán el Bueno!

ESCENA VI

DICHOS y la MANTEQUITAS

- Mant.** (Entrando por el foro. La Mantequitas es una jamona de muy buen ver.) ¡Santas y apacibles!
- Vict.** ¡Obesas y considerables!
- Mant.** ¿Está el señor Crispín?
- Ros.** Concluyendo de cenar. Ahora le diré que salga.
- Mant.** Deseo hablar a solas con él, para una consulta.
- Vict.** (Aparte.) ¡A esta la lleva doble!
- Mant.** Pero ahora que reparo... Sentiría haber interrumpido...
- Vict.** ¡No; iba ya a marcharme!...
- Mant.** ¡Qué felices son los que se aman así!
- Ros.** (Lloriqueando.) ¡Mucho!
- Vict.** ¡Mucho!
- Mant.** ¡Cuando veo a dos enamorados conjugando el divino verbo, me derrito!
- Ros.** Voy a avisar a mi padre, pero no se le vaya a usted a escapar que ha visto a Vitoriano.
- Mant.** ¿Pero qué? ¿Sigue el enfado del señor Crispín con tu novio?

- Ros.** Sigue pa un rato. Adiós, Vitorianito...
Vict. ¡Adiós, turrón de azúcar!...
Mant. ¡Son dos tórtolos!
Ros. ¡Que no te comprometas y ten mucha serenidad! (Bajo a Victoriano.) ¡Toca el pito na más!
Vict. (Abrazándola.) ¡Vete tranquila! (Mutis Rosita segunda izquierda.)

ESCENA VII

VICTORIANO, LA MANTEQUITAS, y después, CRISPÍN

- Vict.** (A la Mantequitas.) No la chocará esta expansión, tanto más cuanto que usted y Antolín no se quedan atrás.
Mant. Siempre que podemos...
Vict. ¿Qué?
Mant. ¡Que estoy loca por él... y él...
Vict. ¡El sí que está loco!
Mant. ¡Completamente alienado!
Vict. ¿Y todo eso es amor?
Mant. ¡Todo, todo!
Vict. ¡Vaya un almacén de cariño! ¿Despachará usted al por mayor?
Mant. ¡Todos los pedidos de Antolín!
Vict. ¡Sí, es un buen muchacho!
Mant. ¡Cuando está delante de mí, no veo más que a él!
Vict. ¡Pues como usted se pouga delante, a él no hay quien le vea!
Mant. ¡Soy muy feliz con mi Antolín!
Vict. ¡Lástima que sea sacristán!
Mant. ¿Por qué?
Vict. ¡Porque una sotana siempre cohibe!
Mant. ¡Es que a mi casa va siempre en pantalones!
Vict. En ese caso...
Mant. Cuando sale de la iglesia es un hombre como los demás. Y de ahí en adelante...
Vict. Me figuro todo el recorrido. Vaya, quede usted con Dios, que oigo la voz del señor Crispín. (Sale.)
Mant. ¡Pues no le tiene poco miedo! ¡Mi Antolín nunca escurre el bulto!

ESCENA VIII

MANTEQUITAS y CRISPÍN

- Cris.** Señora Mantequitas... ¿Qué tal?
Mant. (Ofendida.) Señor Crispín... se ha olvidado usted que tengo un buen nombre de pila... Aldegunda.
- Cris.** Enhorabuena, señora Aldegunda, y perdone usted que se me haya escapao el alias o apodo; pero como tenemos unos vecinos que son una especialidaz pa sacar motes, a lo mejer uno se cuela.
- Mant.** Sí que por estos barrios hay una gentecita... ¡Por supuesto, que ese mote me lo han sacao dos envidiosas: las chalequeras de encima de mi piso, que sirven pa anunciar los fideos; las mira usted y se le va la vista!
- Cris.** ¡Habrá que verlas con el microscópio!
Mant. ¡Me tiran cada indirecta! Y es porque están rabiosas, yo sé por qué, pero que se limpien. A menos tengo yo el discutir con ellas, y siempre las contesto con esta copla:
- «Más vale que a una la envidien
que una tener que envidiar,
y os quedareis con las ganas
de catar al sacristán.»
- Cris.** ¿Pero es que quieren comerse a su novio?
Mant. ¡Como si fuese un caramelo! Están empalagosísimas con él, y este es el motivo de la visita.
- Cris.** ¿Consulta tenemos?
Mant. Sí, señor; pero antes dígame, ¿cómo anda el tacón de mi bota?
- Cris.** Anda torcido, pero yo lo arreglaré. En fin, no me hable usted de cosas tan bajas y exponga los pormenores del asunto. El deteztive escucha. (Se pone los atributos correspondientes.)
- Mant.** Voy a abrirle mi pecho.
Cris. Eso necesito para mi indagación.
Mant. Desde que conocí a Antolín, hace diez meses, la idea del himeneo me retoza. Siento

un afán constante de arrodillarme ante el altar y gritar con todas las fuerzas de mis pulmones: «¡Antolín, soy tuya en cuerpo y alma!»

Cris. ¡Muy bien!

Mant. Pero hay una mala mujer, mejor dicho, tres mujeres, que se han empeñado en destruir mi sueño de amor. ¡Ay, qué sueño!

Cris. ¡Eso es una pesadilla! ¿Y bien, quiénes son?

Mant. Las chalequeras de arriba, que son de fantasía. ¡Ay, señor Crispín! ¡Qué desgracia!

Cris. Calma, y cuéntemelo toó, sin cmitir detalle.

Mant. Pues ponga atención, que el asunto es complicado. Yo era una paloma sin hiel...

Cris. ¡Completamente torcaz!

Mant. Yo era pudorosa, inocente y tímida. Nunca había sentido el latigazo del amor... Pero una tarde entré en la iglesia, y presa de una exaltación mística, hundi mi frente en el polvo. Al levantar la cabeza hallé a Antolín, el sacristán, que me ofrecía el cepillo. «Se saca ánima», murmuró a mi oído derecho, y sentí que el lado izquierdo aceleraba sus golpes. Saqué de la faltriquera dos pesetas, y entregándoselas a Antolín, le dije: «Una para las ánimas y la otra para que te compres un puro de faja.»

Cris. ¡Se ve que el sacristán la hizo tilín!

Mant. El pobre estuvo al día siguiente en casa y, agradecido, me dió una cosa con misterio; un rosario. Hablamos, nos entendimos... y a fin de cuentas, somos novios.

Cris. ¿Y cuándo se casan?

Mant. ¡No podemos aún, porque va a entrar en quintas! Si fuera yo...

Cris. ¡Usted ya tiene la absoluta!

Mant. Para no separarme de él, pienso hacerle de cuota.

Cris. Bueno, y usted, ¿qué quiere de este deteztive?

Mant. ¿No nos oye nadie?

Cris. ¡Cuando estoy en consulta, esto es una especie de desierto de Sahara!

Mant. Pues bien; a mi Antolín le sucede algo.

Cris. ¿Usted cree?

- Mant.** Me consta. No es el mismo de antes. Me lo han cambiado. ¿Cuánto hace que no le ve usted?
- Cris.** Una semana.
- Mant.** Pues si se lo encuentra usted ahora no lo conoce. Está pálido, mustio, ojeroso. Yo hago por distraerle, pero no consigo alejar su tristeza. Todas las noches le llevo al cine de la Flor, y en cuanto se hace el oscuro...
- Cris.** ¿Qué pasa?
- Mant.** ¡Que le da miedo, me ataraza por la cintura y no me suelta hasta que dan la luz!
- Cris.** ¿Dice usted que va al cine de la Flor todas las noches?
- Mant.** Sin faltar una.
- Cris.** (Aparte.) ¡Me abono!
- Mant.** ¡Y no es solo en el cine donde le ocurre eso, sino que luego en casa, cuando ve la habitación con poca luz...
- Cris.** ¿También hace películas?
- Mant.** ¡De largo metraje! ¡Yo creo que es que le da miedo!
- Cris.** ¡Pues yo lo que creo, que es un sinvergüenza!
- Mant.** Esas pícaras chalequeras han sido la pérdida de mi Antolín.
- Cris.** ¡Vamos, no se aflija!
- Mant.** Pero estoy decidida a denunciarlas, y no he de parar hasta que las vea en la cárcel.
- Cris.** ¿En la cárcel? ¿Por qué? No creo que haya razón.
- Mant.** ¡La hay y muy de sobra!
- Cris.** ¡A ver, a ver eso!
- Mant.** Escuche. Uno de los días que fué a mi casa había yo salido. Las chalequeras, que siempre están espiando, le vieron llamar tres o cuatro veces a la puerta, y le hicieron subir a su habitación con un plan perversamente diabólico.
- Cris.** ¿Un plan?
- Mant.** ¡Dentro de una taza de chocolate!
- Cris.** ¿Chocolate con regalo?
- Mani.** ¡Las muy brujas! .. ¡El chocolate aquél... ¡ah!, señor Crispín, debía ser una pócima; sin duda estaba envenenado, porque le han dejao de un modo...

Cris. ¡Lo tomaría con algo, pa mojar!...
Mant. ¡No sé! Pero mírele usted. Aquí viene el infeliz. El se lo explicará todo mejor que yo.

ESCENA IX

DICHOS y ANTOLÍN

Ant. ¡Ave María purísima!
Cris. ¡Bien venido, Antolín! Pasa, hombre.
Mant. ¡Fíjese usted qué pálido está! ¡Parece un cenobita!

Ant. ¿Qué tal, señor Crispín?
Cris. Bien ¿Y tú, qué dices?
Ant. Nada nuevo. *Nihil novum sub sole.*
Mant. Anímate, que estoy yo aquí.
Ant. Es mi *refugium peccatorum.*
Cris. (Echando un trago de una botella que habrá en el suelo, junto a la mesita.) ¡*Consolatis afflictorum!* (Antolín vacila y medio se desvanece.) ¿Pero qué te pasa?

Ant. ¡No es nada, un vahído! Me dan frecuentemente.

Cris. ¿Llevas cilicio?
Ant. Llevo veinticuatro horas sin comer. Me encuentro alicaído, que no tengo ganas de abrir la boca, ni de rezar, ni de nada.

Cris. ¿Quieres un trago?
Ant. ¡Con el que estoy pasando me basta!
Cris. ¿Pero de dónde ha tomao este chico el chocolate, pa pedir unas pastillas?
Ant. ¡El chocolate, el chocolate! ¡Ah! (Haciendo ascos.)

Mant. ¡No se lo nombre usted siquiera!
Ant. ¡Siento una tristeza .. y unas ganas de llorar!
Mant. ¡Me amilanas, riquín! ¡Contén el llanto!
Ant. ¡Tengo miedo! ¡Mucho miedo!
Mant. ¿De quién tienes tú miedo?
Cris. (Socarrón.) ¿Del coco?
Ant. ¡No lo sé! ¡Me bailan las ideas! ¡Todo lo veo de color de chocolate!
Cris. Tranquilízate, hombre, y dinos lo que te pasó en casa de las chalequeras.
Ant. Ya casi no me acuerdo.

- Mant.** Haz memoria.
Ant. Bueno, pues llamé en casa de Aldegunda y no estaba; volví a llamar, y nadie respondía; volví... la cara, y ví a las chalequeras detrás de mí.
- Mant.** ¡Qué tres pelafustanas!
Ant. Vestían un salto de cama que me hizo dar un brinco. Se acercaron aún más y me acariciaron el omoplato cariñosa y repetidamente.
- Mant.** ¡Sigue!
Ant. ¡Aquello era una tentación!
Cris. ¡Tres tentaciones!
Ant. Me subieron a su casa. Me sentaron en una *chaise longue* y volvieron a acariciarme... Yo rompí a sudar.
- Cris.** ¡Naturalmente!
Ant. Me puse muy nervioso y empecé a enredar con el pelote de la *chaise*. Di un grito ahogado y me desmayé.
- Cris.** ¿Y volviste?...
Ant. Al poco rato. Un olorcillo especial llamó mi atención. Era una taza de chocolate que humeaba a mi lado y media docena de bolas.
- Mant.** ¡Qué generosas son con los sacristanes!
Ant. ¡*Se saca anima!*
Cris. ¿Y te tomaste todo el chocolate?
Ant. ¡Sí, señor! ¡Hasta rebañé la taza!
Mant. ¡Desgraciado!
Cris. ¿Y no sabía a algo especial?
Ant. ¡Sí, señor!
Cris. }
Mant. } ¿A qué?...
Ant. } ¡A chocolate!
Mant. Estaba adulterado. Le echarían alguna droga.
- Cris.** ¿Pero tú qué sientes? ¿Te duele algo?
Ant. Tengo así como calambres y muchas agujetas ¡Agárrame, Aldegunda! ¡No me sueltes! ¡Tengo miedo! (Cogiéndose a la Mantequitas como el náufrago a una tabla de salvación.)
- Cris.** Gachó qué cosa tan rara!
Ant. ¡Qué débil me siento!
Cris. Ya se ve, por lo que te agarras a Aldegunda!

- Ant.** Me agarro, porque si no me caería.
- Mant.** El pobrecito no tiene más apoyo que el mío.
- Cris.** ¡Pues ya va bien servido!
- Mant.** ¿Qué sería sin mí?
- Cris.** Se me ocurre una idea. Que vuelva a subir a casa de las chalequeras.
- Ant.** ¡Ahora mismo!
- Mant.** ¡No, eso si que no!
- Cris.** ¡Hay que sacrificarse!
- Ant.** Hay que sacrificarse, ya lo oyes, y yo me sacrifico.
- Cris.** Procurarás que vuelvan a invitarte a chocolate y echas a correr con la taza, para que yo la examine en mi laboratorio.
- Mant.** Tendré que consentirlo, con tal de meterlas en la cárcel y de que a Antolín se le quite el miedo.
- Cris.** Pa mí que de lo que tiene éste miedo, es de que el párroco le vea con usted.
- Ant.** El párroco es un santo varón que me cree el beato Antolín.
- Cris.** ¿Pues de qué entonces?
- Ant.** Yo no sé si será de lo que hace noches vengo observando.
- Cris.** ¿Y qué es ello?
- Ant.** Un hombre con la cara tapada, deja una cosa en la segunda reja de la calle y al poco tiempo otro también embozado, se la lleva misteriosamente. No sé por qué juraría que éste último es el mismo que me ha dicho al entrar aquí: «La banda del dedo gordo espera.»
- Cris.** (Dando un grito cómico.) ¡Ah, están esperandolo!
- Mant.** ¿Y te ha dicho que era una banda?
- Cris.** Sí, una banda de ladrones.
- Mant.** ¿Ladrones metidos a músicos?
- Cris.** Ladrones creminales que quieren fumar a mi costa.
- Mant.** ¿Pero usted los conoce?
- Cris.** ¡Pobres de ellos si yo los conociera! No tienen el valor de presentarse ante mi vista, pero hace quince días que sin faltar uno, me dejan en esta mesa un anónimo. Pero... ¿qué es esto? (Cogiendo el papel que dejó Victoria-no.) ¿Otro? ¡Hoy son dos! (Leyendo.) «A las

diez la banda espera, y el que espera, des-
espera.»

- Ant.** (Agarrándose a la Mantequitas.) ¡Tengo miedo!
¡Tengo miedo!
- Cris.** ¡No es para menos! ¡Salgan ustedes que
aquí corren peligro!
- Mant.** Sí, sí, vámonos!
- Cris.** A las diez estará aquí la banda!
- Mant.** La oiremos desde el cine próximo.
- Cris.** Lo que oirán son los tiros.
- Ant.** De lejos no me asustan.
- Cris.** ¡Claro!
- Ant.** ¡Pero aquí tengo miedo, tengo miedo!
- Mant.** Vámonos, Antolín.
- Ant.** ¡No me dejes, no me dejes!
- Mant.** Adiós, señor Crispín.
- Cris.** Adiós y que me traigas ese chocolate.
- Ant.** En cuanto acabe la sesión de cine, subo a
casa de las chalequeras.
- Mant.** Por lo que tiene que pasar un cariño cada
vez más grande, cada vez más hondo.
- Ant.** (Aparte.) ¡Cada vez más gorda! (Alto.) ¡Tengo
miedo! ¡Tengo miedo! (Agarrándose.)
- Mant.** ¡Pégate bien!
- Cris.** ¡Pues sí que la ha salido un parche! (Mutis de
Mantequitas y Antolín.)

ESCENA X

CRÍSPÍN. Después PEPA, ROSITA y CAMILO

- Cris.** ¡Así es la vida! Ellos arrullándose tan feli-
ces, y yo en cambio, a dos dedos de la exh-
mación. Porque esos ladrones, no me cabe
duda que vienen decididos a todo. Lo pri-
mero es cerrar la puerta, que es lo que suele
hacerse pa que nadie pueda entrar. (Cierra la
puerta y corre el cerrojo.) ¡Lógica pura! ¿Pero
qué es esto? ¿Pues no estoy temblando? ¿A
que voy a tener miedo? ¡Sí, no me cabe
duda! Lo que yo tengo es eso. Cuarenta
arobas de jindama! Si estuviese por aquí
cerca el sereno... le pediría que me prestase
el chuzo y tres pesetas pa comprarles el ta-

baco a esos gorriones, porque yo hasta que cobre mañana mis chapuzas no tengo ni una gorda. (Se dirige a la ventana del foro y retrocede asustado.) ¡Aah! ¡Cualquiera abre! ¡Mira que si están enfrente y me cloroformizan! Un deteptive debe precaverlo to. Lo mejor es llamar a la familia y a Camilo. Así repartiremos mejor el miedo. ¡Pepa! ¡Rosita! ¡Camilo! (Salen los tres.)

Pepa

¿Ya has acabao la consulta?

Cam.

Estábamos cansaos de esperar!

Cris.

¡Bajar la voz!

Cam.

¿Qué pasa?

Cris.

(En voz baja.) ¡Me espían!

Ros.

¿Quién, papá?

Cris.

¡La banda! ¡Ya están ahí!

Los tres

(Asustados.) ¡Ay!

Cris.

¡Serenidad!

Ros.

¡Papá, qué miedo!

Cam.

¿Dónde me he ido yo a meter?

Cris.

En un sitio de donde no saldrás vivo.

Cam.

No gastes bromas.

Pepa

¿Y qué es lo que quiere esa gentuza?

Cris.

Doce paquetes de picao.

Cam.

Yo creo que debias dárselos.

Cris.

¡Eso nunca! No los conoces bien. Mañana me pedirían la fábrica de tabacos.

Cam.

¿Y la vida no vale nada?

Pepa

Crispín, dales el picao.

Ros.

¡Sí, papá!

Cris.

¿Pero si no tengo dinero?

Pepa

Ni yo. Hasta mañana no cobraremos la costura.

Cris.

Ni yo las chapuzas.

Ros.

Si tuviera el señor Camilo...

Cam.

Dos pesetas que me ha dao el señor Concordio. ¿Cuánto valen los doce paquetes?

Cris.

Pues mira... doce veces lo que... vale uno... En el estanco te lo dirán. Anda, no pierdas tiempo.

Cam.

¿Pero tengo que ir yo?

Cris.

¡Claro, hombre!

Cam.

(Consultando el reloj.) ¡Y son cerca de las diez!

Cris.

¿Pero ties miedo?

Cam.

¡Una barbaridad!

Cris.

¡Parece mentira! Anda, ves tú, Pepa.

- Pepa** Crispín, yo no me atrevo.
Cris. Iré yo. (Coge las dos pesetas de manos de Camilo.)
Cam. Eso es lo mejor.
(Crispín se dirige al fondo.)
Ros. Papá no... no vayas.
Cris. (Retrocediendo.) La verdad es que no os debía dejar solas. Pero no hay otro remedio. Vuelvo en seguida.
(Va hasta la puerta. Un reloj da las diez y Crispín se queda hecho una pieza.)
Todos ¡Las diez!
Cris. ¡Ya están ahí!
Todos ¡Ay!
Cris. ¡Valor!
Pepa (A Crispín.) Pues tú estás temblando.
Cris. De coraje.
Cam. Yo... de miedo.
Cris. ¡Armémonos todos! Toma, Pepa, el martillo; tú, Rosita, la lezna, pa mí la pistola; y tú, Camilo, ten la cazuela del engrudo y el cerote. (Buscándole.) ¿Dónde he puesto yo el cerote?
Cam. El cerote lo tengo yo en el cuerpo.
Cris. Bueno, pa pegarles ya ties bastante con el engrudo. Ahora que entren.
Cam. ¡No! ¡Que no entren!
(Por la ventana cae un papel en forma de pelota. Todos se asustan.)
Todos ¡Ay!
Cris. ¿Qué es eso? ¡Un papell!
Cam. Debe ser una bomba!
Ros. ¡No lo toques, papá!
Pepa Mira, Crispín, que puede estallar. Déjalo.
Cam. Déjalo, Crispín, no sea que volemós.
Cris. (Cogiéndolo con precaución y dándoselo a Rosita.) ¡No hay que exagerar, ni es pa tanto! Será otro anónimo. Lee, hija.
Ros. (Leyendo.) «Son las diez de la noche y no has dejado en la puerta lo que te pedimos. Si no lo haces antes de cinco minutos, te volamos la casa.—Un dedo gordo.»
Pepa ¡Ay, Crispín! ¡Ahora sí que estamos perdidos!
Cam. Me veo por los aires.
Ros. Papá, dales lo que piden.
Cris. Pero... ¿quién va al estanco a estas horas?

Cam. Tírales el dinero por la ventana. Toma una peseta más.
Cris. Y quince céntimos míos!
Pepa ¡Vamos, pronto!
Cris. (Lo envuelve en un papel y se dirige a la ventana.)
Tres quince, pa que compreis los paquetes...
¡so bandidos!
Cam. No los insultes.
Ros. ¡Papá!
Cris. ¡Ahí va! (Lo tira.)
Cam. ¡Ay, respiro!

ESCENA ULTIMA

DICHOS y VICTORIANO

Vict. (Dentro, gritando.) ¡Bandidos! ¡Granujas! ¡Ladrones! ¡Ahora no fumareis más de gorra! ¡No corrais! ¡Cobardes!
Pepa ¡Esa voz!
Ros. ¡Es Vitoriano!
Cam. ¡La providencia lo envía!
Cris. Está riñendo con la banda.
Cam. Se les ha desafinao el metal.
Pepa ¡Eso es un hombre!
Vict. (Llamando.) ¡Abran, abran sin cuidao, que ya no hay peligro!
Pepa {
Ros. { ¡Vitoriano!
Cris. (A Victoriano que se queda indeciso en la puerta.)
¡Pasa, pasa!
Vict. Ya puede dormir tranquilo, señor Crispín.
Cris. ¿Pero te has atrevido con todos?
Vict. ¡No eran más que seis! Dos van heridos y los otros cuatro, con las costillas calientes.
Cam. ¡Qué valor!
Cris. ¿Pero tú cómo has sabido?
Ros. Perdóneme, papá. Le quería tanto que mientras tú comías, yo le hacía una seña, él se acercaba y hablábamos un poquitin.
Vict. Ella me enteró del peligro que les amenazaba a ustedes, y yo la juré concluir con todos esos bandidos.
Cris. ¡Te la has ganao!

- Vict.** Espiando estaba a los de la banda cuando usted tiró las tres pesetas.
- Cris.** Y quince céntimos.
- Vict.** Me abalancé a ellos, y garrotazo a éste y moquete al otro, en un segundo me quedé solo.
- Cris.** ¡Y sin nadie a tu lado! ¿Lo veis? ¡Si me dejais salir hago yo una degollina! ¿Pero de veras se han marchado?
- Vict.** Pa no volver más. El jefe de la banda, a quien tenía cogido por el pescuezo, me dijo: «Suéltame y que ese zapatero siga echando tranquilamente medias suelas y tacones. Mediando un hombre de tu valor, no me atrevería a presentarme en cien leguas a la redonda.
- Cris.** ¿Y le dejaste huir?
- Vict.** Después de recuperar las tres pesetas. (Dándose las.) Aquí las tiene usted.
- Cris.** ¡Vitoriano de mi alma! ¡Eres digno de ser mi yerno! (Abrazándole)
- Ros.** ¡Gracias, papá! ¡Qué dichosa soy!
- Cris.** ¿Pues y yo? (Contando.) No falta ni una perra
- Vict.** ¿Me perdona usted la ofensa del otro día?
- Cris.** ¡Te perdono y te admiro!
- Vict.** (Saca media cajetilla.) ¿Quiere usted un pitillo?
- Cris.** Gracias, ahora no me cumple.
(Victoriano erciende uno. Ofrece otro a Camilo que dice por señas que no fuma.)
- Vict.** (Bajo a Crispín.) Estos se los quité al jefe de la banda.
- Cris.** (Aparte.) ¡Me han descubierto!
- Vict.** ¿Creo que todos los días les daba usted de fumar?
- Cris.** Sí, pero era una añagaza. Las otras no, para confiarles, pero la última cajetilla estaba envenenada.
- Vict.** (Tirando el pitillo.) ¡Ya lo podía usted haber dicho antes! (Hace gestos y contorsiones que procura disimular.)
- Cam.** Bueno, Crispín... ¿pero las tres pesetas?
- Cris.** Aquí, aquí las tengo.
- Cam.** ¡Pues devuélvemelas.
- Cris.** ¡Quiá, hombre! Estas tres pesetas no se se-

pararán de mí. Las conservaré como una reliquia.

Cam. ¿Y para eso he ido yo a las Américas y me he ganado una coz?

Cris. Todo puede arreglarse, hombre. Las gastaremos en café!

Cam. (Aparte.) ¡Del mal el menos! ¡Algo me tocará!
Pepa Y desde hoy se acabaron las consultas de detective. (A Crispín.) Desengañete. Tú, a remendar zapatos, que es lo tuyo.

Cris. ¡Nol! ¡Eso no, Pepa!
A mí, que nadie me prive,
de lo que a todo prefiero.
¡Seré siempre zapatero,
pero también detective!
(Telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Francisco Comes

EN CASTELLANO

Tres en una.

El carcamal.

La Rosca. (Parodia de *La Tosca*).

Zapatero y detective o La banda del dedo gordo. (Sainete en un acto.)

EN VALENCIANO

Ineseta. (Juguete en un acto.)

El primer día de Pascua front al molí de nuo moles. (Zarzuela, música del maestro Fayos.)

La torná al poble. (Zarzuela en un acto, música del maestro Hueso.)

La festa del hort d'Ensendra. (Zarzuela en un acto, música del maestro Hueso.)

Per fer les cartes o un ball en la societat teler. (Sainete en un acto.)

El Danseta. (Monólogo.)

El Llop. (Novelita publicada en *El cuento del Dumenche*.)

Obras de Enrique Arroyo

- La divette*, monólogo con música del maestro Quislant. Teatro do Infante de Lisboa.
- El torerillo*, propósito en verso y prosa. Teatro Eslava de Madrid.
- ¡*Fotografías de exposición!*, juguete cómico en un acto, original y en prosa. Teatro de la Princesa de Madrid.
- ¡*Hule!*, entremés lírico-aurino, música de los maestros Lleó y Calleja. (Segunda edición.) Teatro de la Zarzuela de Madrid.
- El comisario de policía*, caricatura en tres actos, traducida del portugués. Teatro Moderno de Madrid.
- Antes del estreno*, monólogo. Salón Variedades de Madrid.
- La reina del couplet*, zarzuela en un acto, dividido en cinco cuadros, música del maestro Foglietti. (Segunda edición.) Teatro Cómico de Madrid.
- ¡*Billetes falsos!*, juguete cómico en un acto, original y en prosa. Teatro Tivoli de Barcelona.
- Cartas de novios*, escena andaluza, original y en prosa. (Segunda edición) Teatro de la Princesa de Madrid.
- León... Pérez y García*, juguete cómico en un acto y en prosa. Coliseo Imperial de Madrid.
- Flores de la huerta*, boceto dramático en un acto y en prosa, original. Coliseo Imperial de Madrid.
- Justos por pecadores*, juguete cómico en un acto. Teatro Romeo de Madrid.
- Huyendo del nido*, juguete cómico en tres actos, arreglado al castellano. Salón Nacional de Madrid.
- La domadora*, juguete cómico-lírico, música del maestro Crespo. Teatro de La Latina de Madrid.
- La Babucha de Mahoma*, pasatiempo en un acto y cuatro cuadros, original, música del maestro Crespo. Teatro de La Latina de Madrid.
- Lo que debe saber la mujer*, monólogo cómico.
- Sabotage*, drama en un acto, traducido del francés. Coliseo Imperial de Madrid. (Segunda edición.)
- «*Abierta toda la noche*», sainete lírico en un acto, música de los maestros Quislant y Badía. Teatro de Novedades de Madrid.

- La mujer de goma*, vodevil en un acto. Coliseo Imperial de Madrid.
- Un aviso telefónico*, juguete cómico en tres actos de Paul Gavault y Georges Berr, arreglado al castellano. Teatro Alvarez Quintero de Madrid.
- La tragedia de Baskerville*, drama policíaco en cinco actos. Teatro Trueba de Bilbao.
- ¡La puerta se abre!*, drama en dos actos (Gran Guignol), arreglado del francés. Coliseo Imperial de Madrid.
- El ciego*, drama en un acto (Gran Guignol) arreglado del francés. Teatro de la Princesa de Valencia.
- La lámpara maravillosa*, vodevil en tres actos. Teatro del Vodevil de Madrid.
- El billete del baile*, juguete cómico en un acto, original. Coliseo Imperial de Madrid.
- Zapatero y detective* o *La banda del dedo gordo*, sainete policíaco en un acto. Teatro Principal de Cádiz.
- Mi bebé*, entremés en prosa, original, Teatro del Príncipe Alfonso de Madrid.

PRECIO: UNA PESETA